

EL



FERROCARRIL



DESOBEDIENCIA

MÚSICA

ESCLAVITUD

Y LIBERACIÓN

for
A. Smith & Davis
Sole Harmonium
mark
(Signature of A. Davis)

El término Hipersomnia tiene una fuerte carga significativa como concepto y como metáfora. Fue uno de los síntomas que padeció Harriet Tubman. Una mujer que, como acostumbramos, es menos conocida de lo que debería.

En los tiempos de esclavitud, tras una infancia inexistente a causa de las enfermedades y los tatuajes que tan diligentemente le brindaban sus dueños a caricias de látigo, fue golpeada accidentalmente en la cabeza con una pesa de un kilogramo.

Crecida en el analfabetismo y la fe (algo lamentablemente relacionado) creyó hasta el final de sus días que los delirios debidos a sus lesiones eran mensajes de Dios.

Dedicó hasta el último centímetro de su religiosidad a reinterpretar las partes de la biblia que, de alguna manera, utilizaban los blancos para justificar tamaña tiranía como era la esclavitud.

Quién sabe si esas lesiones no hubieran convertido sus delirios en el poder de sentirse la elegida estaríamos hablando de esta historia.

Nominación como poder

La historia no para de lamernos la cara, con cariño, erotismo y lentitud; desde la barbilla hasta la frente con la idea de que los nombres y las palabras tienen más poder que el raciocinio. Somos un animal narrativo.

El recurso de los nombres ha sido utilizado para emocionarnos y conectarnos, pero también para hacer lo contrario. Si quieres limitar algo, solo tienes que reducir su lenguaje, y si quieres que algo cause incertidumbre y miedo, solo tienes que hacerlo incomprensible (**¿A nadie le extraña que los monstruos de Howard Philips Lovecraft sean tan complicados de pronunciar?**) (**¿A nadie le extraña que en el folclore que conocemos asistir a un “nombramiento” es un símbolo de honor?**)

“Las palabras siempre conservarán su poder, las palabras hacen posible que algo tome significado y si se escuchan ¡enuncian la verdad!”

V

Tú lo sabes, yo lo sé, y quienes oprimen lo saben. Quienes siguen diciendo que el lenguaje no es importante, y siguen defendiendo que “coñazo” para designar aburrido es algo por lo que no debemos quejarnos (como si no afectara a nuestro imaginario). Es una guerra. La guerra de las palabras, y aquellos que utilicen las armas más sibilinas, elegantes y pulcras de injusticias serán quienes ganen. Estamos en ese bando.

Harriet Tubman también lo sabía cuando cambió su nombre natal “Araminta” por “Harriet”, su hermana desaparecida en extrañas circunstancias.

UN CÓDIGO INDESCIFRABLE

Las personas tildamos de códigos indescifrables a complicados algoritmos, escenas de hackers o incomprensibles símbolos en las pizarras. Pero no. Lo tenemos más cerca.

Harriet Tubman tuvo un primer intento de huida, pero extorsionada por los miedos de sus hermanos (con los que huyó) y azotada por la moral judeocristiana (un látigo que no deja cicatrices visibles) se entregó, jurándose que en la siguiente oportunidad lo haría sola. Después de todo, su valor era el carbón de su propia locomotora, pero no podía brindárselo en ese momento a nadie más.

En su segunda huida, Harriet fue a despedirse de su madre pues había contactado con una organización clandestina, justa, y desobediente que acabó conociéndose como "El Ferrocarril Subterráneo". La primera de muchas metáforas.

Esta red llamaba "raíles" a las rutas de escape, "maquinistas" a quienes lideraban los movimientos, "pasajeros" a las personas esclavas. Conmocionada, Harriet encontró la manera de despedirse de sus seres queridos. Para ella, la moral bíblica era la correcta, fue duro sacar de la caldera las brasas aun ardiendo y colocarlas en la nueva maquinaria.

Se separó de su marido (un hombre libre), de sus hermanos, y de su madre. Pero antes de irse, le cantó una canción a la íntima amiga de la misma. Una canción muy peculiar...

De la canción poco se conoce más allá de una religiosidad normalizada por el hombre blanco, pero destacaban dos versos "Te encontraré en el mañana" y "me dirigiré a la tierra prometida".

Cuentan que su madre, al oírla, sonrió mientras lloraba aún sin que su cerebro pudiera racionalizar qué iba a suceder. Eso es un verdadero código. Directo al corazón sin pasar por los juicios de valor.

El Ferrocarril diseñó otras canciones para encubrir y ayudar las operaciones de libertad de los esclavos, algunas de ellas están accesibles:



(También nos ofrecieron los orígenes del Jazz, pero esa es otra historia digna de contar en otro momento, no vayamos a equivocarnos).

- Swing Low, Swing Chariot
- Follow the drinkin' gourd
- Go down, Moses
- Wade in the water

Cuando sonaban estas canciones había multitud de referencias: cada vez que se hablaba de zapatos o pies significaba que alguien estaba listo para partir, cuando se

mencionaba el Río Jordán se referían a los ríos fronterizos como el Misisipi, que los separaban de la tierra prometida.

Los esclavistas blancos, racionalistas, numerólogos y binarios, capaces de diferenciar el mundo en dos como si fuésemos un código informático: ricos y pobres, libres y esclavos, blancos y negros, mujeres y hombres; interpretaban estas letras con la felicidad de los esclavos, peligrosa arma, pues les arrojaba la falsa idea de que no huirían. ¿Por qué habría alguien que huir de su felicidad?

Tiene gracia que los expertos en lenguajes cifrados, los maestros criptógrafos, los hombres leídos y educados, eran incapaces de percibir un código a base de metáforas, inimaginable para su cosmovisión de un mundo fotocopiado en blanco y negro. Pasaron la vida construyendo unos barrotes sin saber, que gracias a la música y las palabras, estaban encerrando agua y niebla, que fluiría entre la opresión y desaparecería en la noche.



Desobediencia masiva

El Ferrocarril no solo se sirvió del poder de las palabras, la energía de las metáforas y la pureza de la música para infiltrarse en lo más profundo del monstruo y distraerlo. También contó con el impulso más intrínseco que tenemos dentro, esperando ser ahora como entonces, despertado: La Humanidad.

Un grupo clandestino y desobediente, penados con la muerte, que trabajaban codo con codo. Hombres y mujeres, personas armadas con ingenio y pólvora, hambrientas y en inferioridad, de todas las etnias, de todas las clases y libertades, y con un solo mensaje común: Todo era irrelevante menos la libertad.

El mayor triunfo del Ferrocarril sin duda son los cientos y cientos de descendientes que vivieron por esas mujeres y hombres que dieron su vida por algo que le trascendía, pero la mayor magia, el verdadero hechizo de esta red mitológica y valerosa, es precisamente que nadie sabe cuando surgió. No hay un nombre. No hay un líder. Un interés individual detrás de esto. Fue un propio sistema que escapó de todos los demás y tomó consciencia propia. Parece que Harriet tenía algo de razón, ya que si existe un dios que realmente nos trasciende, debe de parecerse mucho a lo que El Ferrocarril consiguió en aquellos tiempos de oscurantismo. No había motivos para semejante catarsis más allá de la justicia, la coherencia y la voluntad de unirlos contra la opresión.

Cuando Harriet Tubman llegó por primera vez a Pensilvania (sin esclavismo), y al amanecer comprobó con extrañeza y euforia que nadie la miraba como si fuese una esclava, dirigió los ojos a sus propias manos para asegurarse de que seguía siendo negra. Era la primera vez en toda su vida que, no solo se sentía completamente humana al ser leída como tal, sino que pudo decir con orgullo que se la había ganado ella misma.

El disfrute de su libertad lo invirtió en El Ferrocarril, volvió varias veces a los lugares de los esclavistas poniendo su desmedida inteligencia y su fina estrategia a favor de la libertad. Su marido se había casado con otra mujer y se negó a unirse a ellos, pero rescató a sus hermanos, a su padre, y a su madre (a esta última silbando la canción que años atrás le había cantado para despedirse, dotando de sentido al verso "te veré en el mañana").

Enseguida todo El Ferrocarril le otorgó el título de "General Tubman", quien no necesitó de metáforas para esconderse, pues parecía el título de un veterano de guerra varón. Aunque fueron los esclavos y las esclavas quienes le otorgaron el pseudónimo por el que se la conoció para siempre "Moses" (En inglés Moisés).

Tramó amistad, entre otros, con un hombre blanco llamado John Brown, estadounidense e insurgente. Abolicionista y defensor de la violencia como vía para terminar con la esclavitud. Aunque Harriet no estaba de acuerdo con la lucha armada, sí que lo estaba en los

planteamientos de Brown, y consiguió construir sinergia donde otros habrían visto conflictos.



John Brown fue atrapado por el bando esclavista, condenado, y murió en la horca sin revelar ni un solo dato sobre El Ferrocarril. Según algunos historiadores, siempre le dio igual su propia identidad, y con la misma ausencia de filigranas fue el discurso que dio Harriet ante la muerte y ascendencia a mártir de su amigo John Brown. "Hizo más muriendo que cien hombres viviendo".

Ni el gélido aliento de la parca fue suficiente para amedrentar a la General Tubman, quien realizó casi una decena de misiones más, siendo la única persona de El Ferrocarril que nunca jamás perdió un solo pasajero pese a estar a punto de hacerlo en más de una docena de ocasiones.

GUERRA CIVIL, IDEALES INCÍVICOS

Durante la guerra civil, el carácter divino de Harriet Tubman pudo superar al de Jesucristo o al de Alejandro Magno. Desde el norte, maldijo a Lincoln en una carta donde le aseguraba que se encargaría personalmente de que no ganara la guerra hasta que no se retractara y asumiera los valores abolicionistas, argumentando que ella hablaba con Dios y no estaba tan segura de que fuese blanco.

En la guerra, ayudó como médico de batalla tratando a compañeros y compañeras con la viruela, enfermedad a la que Harriet parecía ser inmune, dotándola aún más de ese aura de deidad.

Fue la primera mujer en dirigir un ataque armado el último año de la guerra, y con el apoyo de Lincoln que había exigido años atrás, pudo contemplar con sus propios ojos como la esclavitud era abolida.

Pero Harriet Tubman, Moses, La Osa Mayor, La Maquinista, General Tubman, La Elegida o La que no enferma, dependiendo de a quien le preguntaras, no terminó ahí su vida.

Algún tiempo después, cuando era una anciana que conservaba los tatuajes en su espalda y en su alma, cuando las arrugas de su rostro eran los renglones torcidos de Dios y contaban historias de miseria y gloria, fue llamada a la primera reunión de otra de las revoluciones más grandes que ha habido en nuestra historia. Se presentó, bastón en mano, sonrisa perenne en la cara, y encabezó el primer discurso de la historia del movimiento sufragista.

Pero eso, como suele decirse, es otra historia.

¡MÁS CARBÓN!

Somos contadores de historias, y si bien es cierto que la esclavitud como norma explícita y sinvergüenza fue abolida, no desapareció del todo. Somos víctimas de un sistema masticador que a la mínima nos hará olvidar que nos esclaviza porque las heridas en la espalda ya no son creadas por los látigos, sino por la hipersomnolia que nos provocan. Seguimos siendo blancos, y resto de razas, hombres y mujeres en una pretenciosa normalidad, heterosexuales y resto de sexualidades. Nos siguen endulzando la realidad con un falso control, y nos dicen en que cánones debemos movernos y en cuales no.

Parece que la esclavitud dejó de ser visible y señalable, pero no cesó en su existencia. Aquí la historia de una auténtica heroína que le demostró a toda Norteamérica en particular y al mundo en general que libertad, amor y justicia son algo más que palabras y canciones, son metas alcanzables.

Harriet bajó en ferrocarril al infierno de nuevo, robó su fuego y lo utilizó para alumbrar los caminos de quienes fueron condenados por no pertenecer a un absurdo sistema. Iluminó con su mirada algo peligroso, y aunque intentaron silenciarla, solo consiguieron que sus llamas brillasen más que las de cualquier fénix. Un grupo de personas hizo posible que pasara, El Ferrocarril. Sin nombre, líderes ni egos.

Si el sistema es esclavista, El Ferrocarril debe volver para que, mañana, cuando la nueva Harriet Tubman

aparezca, podamos volver brindarle nuestras voluntades, palabras y canciones.

Y, como dijo ella, "encontrarnos en el mañana, en la tierra prometida".

Si de alguna manera estáis escuchando el crepitar de las brasas en la locomotora, o caminando cerca de las vías oxidadas de un tren y algo os saca una sonrisa, cuidado, puede que ya estéis en este mundo.

A título personal, si tuviera que decir algo alentador, diría que la próxima Harriet Tubman ya ha nacido, y nuestra misión, como El Ferrocarril, es asegurarnos de que todas las personas de nuestro alrededor se sientan bondadosas, justas y valientes. Nosotros y nosotras no veremos el cambio, pero quizá gracias a nuestras acciones, alguien, algún día, sí que lo haga.

¡Viajeras y viajeros al tren!

¡A toda máquina!

No importa el destino pues no se descubre.

¡Se construye!



Brady

Washington

WANTED
DEAD OR ALIVE
for Stealing Slaves
Harriet "Moses"
Tubman

\$40,000 Reward

Negro slave; about 5 feet tall, scars on her neck and a deep scar on her forehead. Plain woman of short stature, upper front teeth missing, with a habit of abruptly falling asleep. Looks harmless but she carries a pistol.



Harriet Tubman (1820–1913) Inmortal hasta que murió.



Aunado por: Manu González (@astaroth_100)